

me puse de parto. Tuvimos que llamar a Jovita, que asistió de partera. Los comentarios de varias mujeres se adentran en los recuerdos de cómo se tenían los hijos en aquellos años...

Yo, dice otro tertuliano más joven, el mejor recuerdo que tengo es que Don Justino nos venía a buscar a la escuela y nos sacaba de ella- para plantar pinos. Todos los niños estábamos deseando que viniera para escapar de la escuela, aunque fuera para plantar pinos.

Si, dice otro, pero la pena es que de todos esos pinos que se plantaron no ha quedado nada. Aquello es muy seco. Ahora, lo que es más interesante del Castillo es la sabina que está en lo alto; justo según subes a la ermita, a la izquierda, mirando hacia San Felices. Y es que es un tipo muy raro en esas condiciones climáticas y de terreno. Pero ¿y el círculo de encinas pregunta uno- lo plantaron? No, no - contestan lo más mayores-, allí todo ha nacido por su cuenta. Solo se plantaron los pinos que ya hemos dicho que no quedan- y unas lilas en el huerto del ermitaño.

Espera ¿qué es eso del huerto del ermitaño? ¿Había ermitaño? Pues no lo sabemos muy bien, pero siempre se ha llamado a ese terreno el huerto del ermitaño. Si dice riéndose otro- para poco le podía dar, porque en ese terreno justo cabe una mata de patatas o de nabos. No lo se, pero las lilas que hay allí son las únicas plantadas. Todo lo demás ha crecido por su propia naturaleza. Los espinos, los cerezos, las encinas... todo. Y fijaros los lirios que hay, cada vez más. Y que bonitos quedan alrededor de la ermita.

Y por qué le llamáis Castillo, es que había un castillo allí antiguamente? No lo sabemos, siempre lo hemos llamado así, pero creo que es porque está en el alto o quizás hubiera antiguamente un castillo, pero no lo sabemos.

Y es que, explica otro, a la ermita antiguamente no se subía mucho. A partir de la iniciativa de D. Justino de hacer una misa y una fiesta -trajo autobuses de Bilbao, incluso, y vino mucha gente- se empezó a subir el día de las Santas, pero no había mucha costumbre.

Lo más interesante de Siero era que tenía muchas perdices y se tiraban abajo desde la ermita. Se las cazaba con una trampa hecha con tablillas. Se hacía un hoyo en la tierra a unos pasos de una finca, lo tapaban con unas tablillas y cuando la perdiz lo pisaba caía dentro. ¡Y ya teníamos perdiz!

Entonces estaba prohibido cazar perdices y el guarda andaba detrás de los tramperos. Entre risas uno le dice al otro, “¿te acuerdas cuando casi nos pillá?”. Cuenta, cuenta, le piden. Bueno, estábamos este y yo en las escobachas cogiendo perdices, y oímos ladrar perros. ¡El guarda! Así que nos escondimos y nos quedamos quietos. En esto, aparece Jeromín por ahí y le vio el guarda. Éste, venga preguntarle por las perdices; y el otro, que no tenía nada; que bueno, que no estaba cazando... Y nosotros salimos corriendo que ni los galgos saltaban como nosotros. Y

claro, con el zurrón lleno de perdices.

Es que esto estaba plagado de perdices, y ahora nada.

Claro, añade otro tertuliano, es que las perdices necesitan sembrados y agua; comen de cinco a diez metros de las orillas de los caminos. Y ya aquí no queda nada de eso.

Y volviendo a la ermita, una cosa os puedo decir... que yo he visto sangre en la capillita que hay donde las mataron-comenta uno de los tertulianos-. Si -dice otro-, la piedra siempre estaba roja; a lo que añade un tercero con una sonrisa: sí, decían que Don Justino la pintaba. Bueno, bueno -dice el primero-, pero yo lo he visto muchas veces, y no hay testigos de que se pintara.

También rajaron el cuadro de las Santas, que estaba dentro. Si, pero serían los moros. No, no, yo ya sé quien lo hizo, pero no doy nombres.



De todos modos, la parte de arriba de Siero también se utilizaba de pasto. Yo bajé un año con el burro y la hierba era muy buena, dura, tiesa. Muy buena. Entonces todo se sembraba, y el monte se vendía al carbonero, que hacía carbón en el monte y luego Rafael lo llevaba a Burgos a vender. Eran tiempos duros.

Pero, en esos tiempos, los chavales y chavalas nos lo pasábamos también bien. Subíamos a la ermita, igual 15 o 20, y hacíamos rodar las piedras. Los mayores se enfadaban con nosotros porque les estropeábamos los caminos, los sembrados... y nos reñían. Pero nosotros nos lo pasábamos bien.

También subíamos y cortábamos las espadañas, los hinojos, para tirarlos al paso del cura, en la procesión del Corpus. Pero, a la vez, nos metíamos en el campillo donde descansábamos, y como había plantadas habas nos las comíamos. Los mayores se enfadaban, pero hacían un poco la vista gorda, porque bajábamos las flores para la procesión y los altares. Por cierto, que en la plaza del Campillo es donde antiguamente se bailaba en las fiestas de Siero, al son de la Dulzaina.